

de opiniones con los cambios políticos y la perspectiva de brillantes y lucrativos puestos.

La dignidad dice amargas verdades a pueblos y a gobiernos y se los echa de enemigos, porque a nadie le place que le pongan el dedo en las llagas palpitantes; la intriga adula vilmente a gobernantes y gobernados y se los hace amigos, porque aquellos gozan en que les endulcen los oídos y éstos en general son multitudes analfabetas y oprimidas.

Tanto más lenta y firmemente asciende la dignidad por el mérito, cuanto pronta pero efímeramente trepa la intriga por la adulación, la audacia, la venalidad y la bajeza. La primera deja huella de luz en su camino; la segunda inmundo rastro de reptil por donde avanza.

Los honores son, por lo general para los intrigantes, pero la gloria final es para los dignos.

De Al través de la vida

El avaro

Aún después de la muerte, el avaro sigue siendo funesto en la sociedad en que vivió. Las riquezas por él allegadas, estériles mientras estuvieron en sus manos, al pasar a las de sus herederos, no se convierten de ordinario en fuente viva de prosperidad y de actividad industrial, sino que son causa de males aún más graves que el mismo infuente estancamiento en que antes se encontraron. Los hijos del avaro cria-

FOLLETTIN DE «ECO DE ORIENTE»

1.º El Colombiano.

—Eres un gran violinista, uno de los que valen. No hay vuelta que darle.

Luego agregó más animado:

—Pero escucha, maestro ahora voy a tocar.

Colocó el instrumento sobre su hombro: había llegado el momento de ganar o perder para siempre, y el viejo violin jamás había hablado como en esta prueba. Y falló justamente porque le faltaba la simple verdad que siempre había sido su encanto. El herrero manejaba con

dos en medio de mal soportadas estrecheces, privados de la benéfica influencia de una educación esmerada, enseñados desde niños al disimulo, a la mentira y aun al fraude, corrompidos por los malos ejemplos y por el desamor e indiferencia del padre, esperan sólo la muerte de este para dar rienda suelta a sus pasiones y apetitos, irritados éstos por la continua privación. Riqueza puesta de este modo en la circulación, es cual germen ponzoñoso que al salir del foco de putrefacción va a infundir quizá muy lejos el contagio y la muerte. La avaricia y la disipación, como se ve, se dan la mano; por eso dice el refrán: «A padre endurecido, hijo gastador. Hijo de mezquino, poco pan y mucho vicio».

CARLOS MARTÍNEZ SILVA

Lucha Anti-alcohólica

INFORME

de la minoría de la Comisión que estudió el proyecto de ley presentado por el Representante Anselmo Gaitán U.

Honorables Representantes:

Uno de los más graves problemas sociales que se han presentado a todos los pueblos y que han preocupado a los sociólogos y legisladores, es el problema del alcoholismo cuyos estragos son cada día mayores, desde que la producción y el consumo de bebidas alcohólicas se han convertido en objeto de comercio lucrativo para los particulares y de pingües rendimientos para el erario público.

Entre los grandes azotes de la humanidad, pocos hay tan extendidos, tan universales, y cuyos efectos funestos sean tan uniformes como el abuso de bebidas alcohólicas. Por eso en todos los pueblos cultos se han publicado y se publican diariamente volúmenes enteros sobre

asombrosa habilidad el arco, empleando una sucesión de sonidos modulados que dominaba, y usando de los más asombrosos trinos. Cuando terminó, Bure se desplomó en una silla fatigado y deshecho, pero triunfante, pues gritó, confiado y alegre:

—Ahora tú, Oleh Bull! A ver si me ganas ahora.

—En el rostro característico del artista se extendió una fría sonrisa. Alzó el violín y tocó por tercera vez: tocó como sólo lo hace un gran músico, él, que poseía el don divino: el tiempo se detuvo, el oyente escuchaba deteniendo la respiración, perdiendo el sentido y el juicio. Bure el herrero, lloró. Había encontrado a su superior... había perdido. La música que él producía era vana. La que en esos momentos llenaba la habitación no era de este mundo. Jamás se hubiera imaginado, jamás hubiera soñado que un instrumento

el alcoholismo; largas discusiones se han suscitado alrededor de él en los parlamentos y por la prensa; grandes instituciones sociales se han organizado para combatirlo; sacrificios inmensos se han impuesto muchos pueblos y gobiernos para conjurar los daños que ocasiona. Entre nosotros empieza ahora a notarse un esfuerzo teórico en el sentido de luchar contra el alcoholismo. Nuestros Congresos médicos, nuestro único Congreso de Mayores nacionales, nuestro único Congreso Pedagógico, han anotado el mal o han formulado votos para combatirlo; la prensa se ocupa con frecuencia en el terrible problema; importantes estudios, tesis, monografías y alegatos se han publicado por nuestros médicos, sociólogos, pedagogos, criminalistas y juristas, que pone de manifiesto la gravedad del mal. Pero en realidad nada práctico se ha hecho, a tiempo que el mal, invadiendo todas las clases sociales, se extiende y arraiga de manera pavorosa.

En frente de las más poderosas razones de salubridad, y de moralidad y aún fiscales y económicas, presentes y futuras, se yergue soberbia y omnipotente, en ademán de censurable egoísmo, una mal entendida razón de estado. Decimos mal entendida, porque si bien es cierto que el consumo de licores alcohólicos produce al fisco en el momento y en el estado actuales grandes rendimientos aparentes, en cambio hace disminuir diariamente la producción económica nacional, disminuyendo la capacidad productiva de los ciudadanos, cuyos dineros y tiempo embarga y malgasta y cuyas actividades físicas, morales e intelectuales embota, pervierte o aniquila; ocasiona al Estado enormes gastos en el sostenimiento de policía, jueces, cárceles, hospitales y asilos de enajenados, mendigos, inválidos y desamparados, para corregir o reparar las consecuencias del monstruoso y multiforme vicio, compañero inseparable del juego, de la vagancia, de la corrupción y de los delitos de sangre y contra la pro-

construido por manos de hombre pudiese interpretar todos los sentimientos de un modo tan bello. Semejante voz no la poesta su violín.

Cuando sonó la última nota, el herrero se quedó silencioso largo rato, con la cabeza apoyada en ambas manos. Pero al levantarse, ira, salvajismo y rabia se reflejaban en su mirada sombría. Tomó su violín y con un golpe fatal lo estrelló contra la silla, más no pronunció palabra.

Y Oleh Bull tocó por la cuarta vez... Las notas claras y puras devolvieron, poco a poco la calma al herrero... Encantado, escuchaba. Cada nota llegaba a herir su corazón; ciertamente, composición más pura, más celestial, jamás la había oído. Bull miraba de reojo al pobre herrero, por cuyo rostro arrugado las lágrimas corrían, gruesas y pesadas.